

La democracia, la crisis y la excepcionalidad*

Alberto Adrianzén M.

Sumilla

Hoy América Latina vive un proceso de creciente polarización política. Los perdedores de las elecciones, al igual que Donald Trump en Estados Unidos, se niegan a reconocer su derrota electoral. Este proceso lo hemos visto en Brasil, con Jair Bolsonaro, y en nuestro país, donde una derecha que también se negaba a aceptar su derrota, llevó al presidente Pedro Castillo a intentar un inexplicable y fracasado golpe de Estado que terminó por abrir las puertas de una restauración derechista y conservadora. En este contexto este artículo busca exponer tres puntos o temas que consideramos importantes para explicar lo que hoy sucede: el primero, los cambios en los países desarrollados que operan como legitimadores de una nueva expansión de la hegemonía global norteamericana; el segundo, la precarización de la democracia en América Latina, situación que se ha convertido en una condición o característica de esta democracia (dicho de otra manera, el «Estado natural» de la democracia es su crisis permanente); y, el tercero, el carácter de excepcionalidad política que hoy vivimos en la región y que tiene como expresión el fin de un ciclo que combina periodos tanto progresistas como derechistas.

EN 1989, FRANCIS FUKUYAMA, en un contexto difícil si se tiene en cuenta la caída del Muro de Berlín y la crisis de los socialismos reales de la Europa Oriental, nos anuncia *El fin de la historia*. Tesis que parecía confirmarse, dos años después, con la implosión de la Unión Soviética en 1991. Para Fukuyama, el conflicto entre el liberalismo y el marxismo/ comunismo ha terminado con el triunfo del primero. El nuevo horizonte de la humanidad, por lo tanto, es liberal, entendido este como el mantenimiento de una economía de mercado, un gobierno representativo y un conjunto de derechos que garanticen las dos cuestiones anteriores. Unos años después, en 1992, el mismo Fukuyama publica en el número 100 de una vieja revista que la embajada norteamericana solía distribuir, *Facetas*, un texto que es, en cierta manera, la continuación de *El fin de la historia*, titulado: *Capitalismo y democracia. El eslabón perdido*¹. En ese texto Fukuyama señala que el capitalismo y la democracia que estaban en fuerte discrepancia han hallado, finalmente, un modo de coexistir y de reforzarse mutuamente.

* Este artículo retoma y amplía textos del autor publicados en años anteriores y añade nuevas reflexiones propias del momento actual.

¹ Fukuyama, Francis. «Capitalismo y democracia. El eslabón perdido». *Revista Facetas*, n.º 100. Washington D.C.: Agencia de Información de los Estados Unidos (USIA), 1992, pp. 2-93.

Fukuyama sostiene en dicho artículo que, por un lado: «El capitalismo demostró que era mucho más flexible y adaptable que el socialismo, frente a las nuevas condiciones económicas de la sociedad postindustrial, creadas por el cambio tecnológico en la segunda mitad del siglo XX»; y, por otro, que: «Solo la democracia liberal puede satisfacer de un modo racional el deseo humano de reconocimiento, ya que confiere derechos elementales de la ciudadanía en un plano universal». Finalmente, el liberalismo, el capitalismo y la democracia, no solo se habían impuesto al comunismo, sino que, en esta «nueva historia», también eran compatibles.

Es importante señalar que la aparición de *El fin de la historia* de Fukuyama coincidió con el surgimiento del llamado Consenso de Washington, en 1989, el mismo año en que cayó el Muro de Berlín. Lo curioso del Consenso de Washington es que surge gracias a las investigaciones del Instituto de Economía Internacional, un instituto privado fundado en Washington en 1981 que se dedicaba a estudiar América Latina. Fred Bergsten, su fundador, afirma que a mediados de esa década comenzaron a mirar más allá de los problemas derivados de las crisis de la deuda externa, para «trazar un camino para restablecer la prosperidad sostenida en la región». Según Bergsten:

(...) evaluamos el humor cambiante de la región en una conferencia realizada en 1989, cuyos pormenores fueron publicados en *El progreso de la reforma política en América Latina* en 1990, donde el editor John Williamson acuñó la frase el Consenso de Washington².

El propio Williamson dirá:

Ya desde el comienzo, el término *Consenso de Washington* causó controversia. Uno de los comentaristas, Richard Feinberg,

² Kuczynski, Pedro Pablo y Williamson, John (eds). *Consenso de Washington. Relanzando el crecimiento y las reformas en América Latina*. Lima: Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), 2002, p. 13.

afirmaba que yo debería haberlo llamado la *convergencia universal*, debido a que (1) el cambio en el pensamiento económico que yo resumía era mundial y no confinado a Washington y (2) la extensión del acuerdo no llegaba al consenso³.

Feinberg tenía razón, la propuesta era, efectivamente, mundial, ya que abría las puertas para la aplicación de políticas económicas de carácter homogéneas y mundiales, al margen de las características propias de los países, y que el «consenso» no era tal, siendo entonces «promovido», por no decir «impuesto», por Estados Unidos (EE.UU.), los países desarrollados y los organismos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Mundial del Comercio (OMC) o el Banco Mundial (BM), como una solución a las crisis económicas que vivían los países del Sur. El instrumento fundamental para expandir el capitalismo a nivel global fue el llamado «ajuste estructural», que no era otra cosa que el reajuste y la readaptación de los capitalisms, tanto de los países centrales como de los periféricos, a las nuevas condiciones y exigencias, no solo de una nueva etapa de un capitalismo sin comunismo, sino también de una hegemonía global que había logrado EE.UU.⁴. Así, el capitalismo se expandía en todo el mundo de la mano del Consenso de Washington y de los EE.UU. Una de las regiones más críticas a este nuevo consenso fue, curiosamente, América Latina, la región donde había nacido.

No es extraño que en ese tiempo dominado por EE.UU. y el capitalismo aparezcan dos ideas centrales que ratificaban el fracaso

³ Kuczynski, Pedro Pablo y Williamson, John (eds). *Consenso de Washington. Relanzando el crecimiento y las reformas en América Latina*. Lima: UPC, 2002, p. 83

⁴ «Por ajuste estructural se entiende de hecho la forma en que las economías nacionales deben adaptarse a las nuevas condiciones de la economía mundial, caracterizadas tanto por cambios tecnológicos que demandan más flexibilidad dentro de las empresas y una mayor descentralización de la producción, como por mercados mundiales más competitivos e inestables». En: Tironi, Eugenio y Lagos, Ricardo. «Actores sociales y ajuste estructural». *Revista Cepal*, n.º 44. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), 1991, pp. 39-54.

del comunismo y, por qué no decirlo, del marxismo. La primera fue el llamado «choque de civilizaciones», que estaba vinculada al tema de las relaciones internacionales. Esta teoría sostenía que luego del fin de la Guerra Fría, es decir, de la confrontación entre comunismo y liberalismo, era la religión y no, digamos, la lucha de clases o las ideologías, la que organizaba las relaciones entre países. Esta idea fue formulada por Samuel Huntington en un artículo publicado en la revista estadounidense *Foreign Affairs*, en 1993, y transformado posteriormente en un libro en 1996. Huntington en su artículo señala lo siguiente:

La política mundial ha entrado en una nueva fase, y los intelectuales no han dudado en multiplicar la imagen de lo que será el final de la historia, el retorno de las tradicionales rivalidades entre Naciones-Estado y la decadencia de la Nación-Estado bajo tensiones opuestas del tribalismo y el globalismo. Cada una de estas imágenes capta aspectos de la nascente realidad. Pero a todas ellas les falta un aspecto verdaderamente fundamental, de lo que es probable que sea la política mundial en los próximos años. Mi hipótesis es que la fuente fundamental de conflictos en este nuevo mundo no será primordialmente ideológico ni económico (...). El conflicto entre civilizaciones será la última fase de la evolución de los conflictos en el mundo moderno⁵.

No es extraño que hoy la islamofobia sea vista bajo este lente, lo mismo que los problemas derivados de las masivas migraciones del Sur al Norte.

La otra idea que buscaba darle sentido y encontrar soluciones a este mundo moderno que se abría paso, casi sin pedir permiso, gracias a *El fin de la historia*, el Consenso de Washington y al choque de civilizaciones, la encontramos en el libro: *El gran tablero mundial*.

⁵ Huntington, Samuel P. «The Clash of Civilizations?». *Foreign Affairs*, vol. 72, n.º 3. New York: Council on Foreign Relations, 1993, pp. 22-49. También en la revista *Pretextos* n.º 8, desco - Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, 1996.

La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos, del asesor de Jimmy Carter, Zbigniew Brzezinski, publicado en 1997⁶.

Brzezinski decía en su libro que el colapso de la Unión Soviética, o lo que llamamos el fin del «comunismo soviético» en 1991, dejó a los Estados Unidos en una posición única: «se convirtieron, simultáneamente, en la primera y única potencia realmente global»⁷; y que este «poder imperial o esta supremacía global» de Estados Unidos se derivaba:

(...) de la organización superior, de la habilidad para movilizar con rapidez vastos recursos económicos y tecnológicos con propósitos militares, del vago pero significativo atractivo del *American Way of life* y del franco dinamismo y la inherente competitividad de las elites sociales y políticas estadounidenses⁸.

En ese sentido, podemos decir que la hegemonía global de EE.UU. es integral: política, económica, militar y cultural. Era el capitalismo de la globalización. Dicho de otra manera, el «poder imperial» o la «supremacía global» solo era posible si EE.UU. era capaz de expandir el capitalismo, consolidar su poder internacional y derrotar tanto a sus «enemigos culturales» como a las amenazas externas, como al terrorismo internacional.

En la primera década de este siglo, bajo el gobierno de George Bush (hijo) se hizo realidad esta hegemonía global, sobre todo luego del ataque terrorista a las Torres Gemelas en setiembre del 2001. Bush militarizó la política exterior; se elevó a estatus de doctrina el «ataque preventivo»; aparecieron lo que se llamó los «Estados canallas» que pertenecían al llamado «eje del mal» y que eran todos aquellos que rechazaban el capitalismo y

⁶ Brzezinski, Zbigniew. *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Barcelona: Paidós, 1998.

⁷ Brzezinski, Zbigniew. *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Barcelona: Paidós, 1998, p. 19.

⁸ Brzezinski, Zbigniew. *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Barcelona: Paidós, 1998, p. 19.

«representaban» una amenaza terrorista para EE.UU. y Occidente; lo mismo sucedía con la proliferación nuclear, sobre todo si esta provenía de los «Estados canallas» que era presentada como una amenaza apocalíptica. A ello se sumaba el desprecio de EE.UU. por el derecho internacional y por lo que llamaba «comunidad internacional», representado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

La invasión a Iraq fue la mejor expresión de esta «nueva» política exterior. La guerra, como describió Michael Ledeen, consejero de la administración Bush, puede ser útil «para rehacer el mundo». En ese sentido, «en la lógica de esta teoría, combatir el terrorismo, extender el capitalismo y celebrar elecciones se agruparon en un proyecto unificado»⁹.

Hoy sabemos que esto no ha sido así, sino que más bien ha ocurrido todo lo contrario. La crisis económica mundial del 2008 demostró que el capitalismo no era tan vigoroso ni tan flexible como se creía «frente a las nuevas condiciones de la sociedad postindustrial», y menos un acompañante de la democracia. Basta analizar las enormes desigualdades sociales que existen en el mundo, así como las condiciones de las y los trabajadores en las sociedades desarrolladas y en las periféricas, los problemas derivados del cambio climático y las masivas migraciones que han polarizado a las sociedades del mundo desarrollado y del Sur, para preguntarse si la democracia liberal, como decía Fukuyama, es capaz de «satisfacer de un modo racional el deseo humano de reconocimiento ya que confiere derechos elementales de la ciudadanía en un plano universal». Fue el propio Fukuyama en su libro: *América en la encrucijada. Democracia, poder y herencia neoconservadora*, quien «denuncia» esta contradicción:

⁹ Klein, Naomi. *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Buenos Aires: Paidós, 2008, pp. 434-435.

Las suposiciones demasiado optimistas sobre el Iraq pos-Saddam llevaron a desatender los requisitos de la seguridad y la reconstrucción del país en la posguerra. El cambio de régimen no se concibió como resultado de una lenta y laboriosa construcción de instituciones liberales y democráticas, sino como la mera tarea negativa de desembarazarse del antiguo régimen¹⁰.

A finales de la década pasada se comenzó a hablar no solo de una «fatiga democrática», sino del cansancio del propio liberalismo, y a preguntarse si «estamos ante un rechazo mundial de la democracia liberal y su sustitución por un tipo de autoritarismo populista»¹¹. Incluso hoy se habla del regreso a una suerte de neofascismo o de posfascismo, como lo define Enzo Traverso. La feminista e intelectual de izquierda Nancy Fraser ha dicho que:

(...) el problema no radica únicamente en que el populismo reaccionario no es (todavía) fascismo, sino en que el liberalismo y el fascismo, desde un punto analítico, no son en realidad dos cosas separadas, una buena y otra mala, sino dos caras profundamente interconectadas del sistema capitalista mundial¹².

En este contexto tampoco es extraño que Fukuyama, uno de los padres del optimismo occidental luego del fin de la Unión Soviética, publique en el 2022 un libro con el título: *El liberalismo y sus desencantos. Cómo defender y salvaguardar nuestras democracias liberales*, donde defiende un liberalismo clásico, que se caracteriza «por la importancia fundamental de la igualdad de los derechos

¹⁰ Klein, Naomi. *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Buenos Aires: Paidós, 2008, pp. 74-75.

¹¹ Appadurai, Arjun. «Fatiga democrática». En: Santiago Alba Rico, coord. *El gran retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia*. Barcelona: Seix Barral, 2017, p. 35.

¹² Fraser, Nancy. «Saltar de la sartén para caer en las brasas. Neoliberalismo progresista frente al populismo reaccionario». En: Santiago Alba Rico, coord. *El gran retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia*. Barcelona: Seix Barral, 2017, p. 105.

individuales, la ley y la libertad»¹³. En mi opinión, esta «fatiga democrática», así como las llamadas tentaciones autoritarias, también se viven en América Latina y tienen que ver no solo con una persistente precariedad de la democracia en nuestra región, sino también con la exigencia de un cambio de sociedad. Es decir, una nueva transición democrática que vaya más allá de aquellas que se dieron años atrás y que fueron parte de lo que se llamó la «tercera ola democrática» en 1980. Un dato importante es que estos procesos señalados se producen en un momento no solo de pesimismo respecto al futuro de la democracia, sino también coinciden en un momento de transición geopolítica mundial y que hoy tienen como epicentro la guerra, luego de la invasión de Rusia en Ucrania y el conflicto entre Israel y Palestina que ya viene costando cerca de veinte mil palestinos y palestinas muertos, entre los cuales se encuentran varios miles de niñas y niños, lo que muestra la crisis tanto de los organismos como del derecho internacional.

La permanente precariedad de la democracia

La democracia regresó a América del Sur en 1979 cuando los militares de Ecuador le entregaron el poder a Jaime Roldós, luego de un proceso electoral. Al año siguiente, en 1980, sucedió lo mismo en el Perú, previa asamblea constituyente en 1978. Lo curioso de lo sucedido en el Perú fue que los militares le entregaron el gobierno a Fernando Belaúnde Terry, el presidente al que habían derrocado luego de un golpe de Estado en 1968.

En 1982 Bolivia también regresaba a la democracia. En 1983 terminó la criminal dictadura militar en Argentina. En 1985 la dictadura militar en Uruguay termina luego de 12 años. En Brasil,

¹³ Fukuyama, Francis. *El liberalismo y sus desencantos. Cómo defender y salvaguardar nuestras democracias liberales*. Bogotá: Ariel, 2022, p. 10 .

luego de una reforma constitucional, en 1988 pueden elegir a su presidente en elecciones directas. En Paraguay, luego del derrocamiento del dictador Alfredo Stroessner, quien gobernó ese país por más de 35 años (1954-1989), en 1989 se dieron elecciones que fueron ganadas por la misma persona que lo había derrocado mediante un golpe de Estado, Hugo Rodríguez, quien dejó el poder en 1993. En 1990, la dictadura de Augusto Pinochet, tras un referéndum dos años antes, llega a su término para dar paso a la democracia en Chile.

Si vemos el mapa político en la década de los 70, en América Latina solo había tres gobiernos civiles: Costa Rica, México y Colombia, y si los comparamos con la década de los 70 y 80, el avance de la democracia y de los procesos de democratización, más allá de sus límites y problemas, era evidentes.

La situación en América Central fue distinta en esos años. Países como Guatemala y El Salvador vivían guerras civiles. Nicaragua, luego del triunfo de la Revolución Sandinista en 1979, tuvo que enfrentar los ataques y hasta los intentos de invasión de lo que se llamó «la contra», que eran fuerzas irregulares y paramilitares financiadas por los Estados Unidos y la propia Agencia Central de Inteligencia (CIA) estadounidense.

Lo que interesa en este punto es mostrar que el regreso a la democracia no fue fácil, más aún cuando el sello de estas dictaduras militares fue la abierta y masiva violación de los derechos humanos. En Guatemala, el conflicto armado (1962-1986) dejó más de 200 000 personas muertas. En Argentina, la dictadura asesinó a más de 30 000 personas. En el Perú, el conflicto armado que comenzó con el regreso a la democracia en 1980 dejó cerca de 70 000 víctimas, la mayoría quechuahablantes.

Esta etapa tampoco estuvo libre de intentos golpistas ni de importantes crisis de gobernabilidad. En el Perú, Alberto Fujimori dio un golpe de Estado en 1992 e instauró un régimen autoritario y corrupto que duró hasta el 2000. Ese año, luego de ganar por tercera

vez las elecciones, Fujimori se fuga del país. En 1992, el presidente Color de Melo de Brasil es obligado a renunciar por cometer actos de corrupción. En Guatemala, hubo un intento de golpe de Estado en 1993. En Ecuador, entre 1998 y el 2005 renunciaron tres presidentes. En Argentina, el presidente Fernando de la Rúa solo gobernó dos años, renunciando el 2001 en medio de una gigantesca crisis económica y política. En Bolivia, el presidente Gonzalo Sánchez de Losada renuncia a la presidencia en medio de conflictos sociales el 2003. Su sucesor, el vicepresidente Carlos Meza, también renuncia al poco tiempo.

Analizando estos datos y otros se puede concluir que durante todos estos años hemos vivido en la región una democracia que ha coincidido con periodos de inestabilidad política y de precarización del propio sistema político, o también de «fatiga democrática». Un ejemplo de ello es el Perú, que tuvo en el periodo 2016-2021 cuatro presidentes y dos Congresos, cuyo último presidente, electo el 2021, Pedro Castillo, está en la cárcel luego de un intento de golpe de Estado en diciembre del 2022. La actual presidenta, Dina Boluarte, ha tenido que enfrentar una serie de protestas en todo el país donde han muerto más de 60 personas.

Así pues, no cabe duda de que el signo de las democracias en nuestra región es su precariedad y su incapacidad de estabilizarse, es decir, el de vivir una crisis permanente o, mejor dicho, esa extraña sensación de ser una inquilina precaria. Si antes, como hemos dicho, las democracias eran amenazadas por los golpes militares y los conflictos armados, hoy lo son por los llamados poderes fácticos, los medios de comunicación, por lo que se ha llamado las *fake news* y el *lawfare*, que casi siempre terminan en la judicialización de la política. También son asediadas por los conflictos sociales, por la pobreza y la desigualdad, por demandas casi imposibles de satisfacer en el corto tiempo y por la polarización política (como hoy sucede en la casi totalidad de países de la región: Perú, Argentina, Brasil, Chile, Ecuador, Colombia,

Bolivia, Venezuela, Guatemala y El Salvador). De igual modo, son acorraladas por un crecimiento explosivo de la delincuencia, tanto nacional como transnacional; por ciudadanas/ciudadanos desafectos a la política partidaria, siempre dispuestos a seguir a un *outsider* o caudillo, por las dificultades de institucionalizar un sistema de partidos; etc. Pero también se caracterizan nuestras democracias porque las/los políticos y la política aparecen como adversarios de los intereses ciudadanos, así como cómplices de la corrupción.

La idea de que vivimos en una democracia siempre en crisis aparece, entonces, como un dato de la realidad. Guillermo O'Donnell ha señalado que: «Las democracias no sólo sufren muertes rápidas, como un terremoto. También pueden sufrir y más insidiosamente, una muerte lenta, como una casa carcomida por las termitas»¹⁴. ¿Acaso es lo que nos sucede hoy? Ahora bien, si la crisis es una suerte de condición natural de la democracia que tenemos, la pregunta es qué hacer para que las propias democracias resuelvan sus propias crisis.

Ángel Flisflish y Juan Carlos Portantiero han planteado que las soluciones a estos desafíos se enfrentan no solo cambiando las reglas de la política, como algunos/algunas afirmaron años atrás, sino también produciendo transformaciones económicas, sociales y políticas profundas. Por lo tanto, cualquier análisis sobre la crisis que vivimos debe ir más allá de modelos explicativos que priorizan lo que llamamos «ingeniería institucional», o una democracia definida principalmente por sus reglas y como un pacto entre las élites políticas. Lo que queremos afirmar es que la crisis de la democracia es producto de la crisis de la propia política, puesto que es esta, la política, la que finalmente le da sentido (y valor) a la democracia. Si la democracia les dice muy poco a las personas

¹⁴ Entrevista de Horacio Verbitsky a Guillermo O' Donnell. Ver: Verbitsky, Horacio. «'La muerte lenta'. Una crítica democrática a la democracia». *pagina12.com.ar*, Buenos Aires, 1 de noviembre del 2000. En: rb.gy/s80bw0

es porque la política, en una democracia, les dice igualmente muy poco a los ciudadanos y ciudadanas. Por ello, una primera cuestión a definir es qué entendemos por «política» y qué política aplicamos o desarrollamos para salir de la crisis.

En ese sentido, tiene razón Juan Carlos Portantiero cuando plantea que la crisis de la política «no puede ser pensada por fuera de su interrelación con las transformaciones estructurales de la economía (...) y [el] dismantamiento de las formas de la movilización social y de las coaliciones distributivas que la sostenían»¹⁵. También Norbert Lechner, buscando una explicación al malestar de la política y de la democracia, nos habla del «secuestro de la política por la economía», es decir, la extensión de la racionalidad del mercado a la esfera de la política, pero con el agravante de que la esfera de la política «mantiene en el imaginario colectivo sus antiguos roles de conducción y protección», derivando hacia un inevitable y creciente malestar contra la política y las/los políticos. El resultado es el surgimiento de los caudillos autoritarios, del *outsider*, lo que Sergio Zermeño ha llamado: «el regreso del líder», como consecuencia de una «sociedad derrotada», incapaz de crear nuevas representaciones por el incremento de la desconfianza política e interpersonal, por la baja credibilidad en la propia democracia y, finalmente, por el aumento de las distancias entre representados/representadas y representantes.

De otro lado, hay que hacer notar que los procesos de consolidación de la democracia, como los procesos llamados de democratización en la región, coincidieron con la aplicación de políticas neoliberales sintetizadas en el Consenso de Washington y que terminaron por poner fin a un modelo de articulación entre economía, política, Estado y sociedad que comenzó a diseñarse luego de la crisis de los 30, que se afianzó en la posguerra y que entró en crisis en los años 70 y 80. Por ello, el problema fue que

¹⁵ Portantiero, Juan Carlos (s/f).

los procesos de democratización y consolidación democráticos, al coincidir con el ajuste, terminaron por desestabilizar y precarizar a la democracia. El ajuste neoliberal precarizó la sociedad, dando lugar al aumento de lo que Alan Touraine llama los «procesos de desocialización», esto es, la «desaparición de un marco normativo y valorativo que regía los mundos de la vida». Una consecuencia de ello es la despoltización: «el orden político ya no funda el orden social. El Estado ya no parece ser más el eje movilizador del desarrollo y de la cohesión social». Es el triunfo del mercado o, mejor dicho, de los neoliberales que creen, como dijo Margaret Thatcher, que no existe la sociedad, sino una suma de individuos.

A ello habría que sumarle el incremento de la heterogeneidad estructural en los países de la periferia, debido a una globalización que integra a pocas personas al mundo, al mismo tiempo que desintegra a muchas/muchos en el interior de las sociedades, poniendo fin a coaliciones, como la existente entre las/los trabajadores, empresariado y Estado, lo que impide el desarrollo de un Estado al sobrevalorar el mercado como espacio distributivo.

En algunos casos, esta nueva política concluyó en la instauración, como se dio en el Perú de Fujimori, de un régimen autoritario que aplicó las políticas del Consenso de Washington, lo que benefició a las empresas transnacionales que llegaron con la apertura económica, el libre comercio y las políticas de privatización de las empresas públicas. En otros casos, estas políticas llevaron a países y sociedades polarizadas (como Brasil, Venezuela, Bolivia, Argentina y Ecuador) también a crisis políticas generalizadas, que terminaron con varios presidentes. En realidad, la crisis de la democracia es consecuencia de procesos orientados a «readaptar» las economías de la región para ponerlas a tono con el proceso de globalización. En última instancia, a expandir un capitalismo que pone énfasis en los vínculos con el mercado mundial vía la apertura de nuestras economías, la disminución del rol del Estado y el pago de la deuda externa. Las políticas de ajuste,

en verdad, precarizaron la democracia, haciendo más incompatible la relación entre democracia y capitalismo, punto crucial para Adam Przeworski¹⁶ para explicar el desgaste institucional y la polarización en una democracia.

Lester Thurow ha señalado que ambos, capitalismo y democracia, «tienen muy diferentes puntos de vista de la distribución y el poder». Mientras que la democracia «aboga por una distribución absolutamente igual al poder político: un hombre un voto», el capitalismo «sostiene el derecho de los económicamente competentes para expulsar a los incompetentes del ámbito comercial y dejarlos librados a la extinción del mercado. La eficiencia capitalista consiste en la supervivencia del más apto y las desigualdades en el poder adquisitivo»¹⁷.

La idea de Thurow es que, en las sociedades democráticas avanzadas, la supervivencia de ambos sistemas se explica porque las fuentes de poder son tanto la riqueza como la posición política. Pero también porque el «gobierno ha sido activamente utilizado para alterar los rendimientos que habría existido si se hubiera dejado actuar libremente al mercado». Dicho en términos de Adam Przeworski, una democracia en la cual los actores en conflicto, conscientes de que sus intereses no solo son distintos, sino también contrapuestos, puedan pactar. Una condición es que tengamos democracias legítimas, capaces de resistir el o los conflictos entre intereses distintos.

Hay que tomar en cuenta que el principio legitimador de la democracia es la promesa de la igualdad. Si se quiere, el gobierno democrático (o la política) corrige al mercado al incorporar (e imponer) otras políticas, otros principios distributivos y al garantizar, vía los derechos civiles y ciudadanos, que la política devenga en fuente de poder. Así, fue en Europa y también en

¹⁶ Al respecto, leer: Przeworski, Adam. *La crisis de la democracia*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2022.

¹⁷ Thurow, Lester. *El futuro del capitalismo*. Buenos Aires: Vergara, 1996, p. 258.

Estados Unidos, antes de la hegemonía neoliberal, donde surgieron no solo coaliciones entre el Estado y la sociedad (o trabajadores/trabajadoras y empresariado), sino también donde hubo una expansión mayor de lo que podemos llamar un «Estado garantista». Como se puede observar, hoy nada de esto sucede en los tiempos del ajuste neoliberal en América Latina, sino más bien todo lo contrario.

Coda: el fin de un ciclo y el momento de la excepcionalidad

Todo indica que América Latina está concluyendo un largo ciclo pendular, compuesto por dos momentos. Estos corresponden, a su vez, a dos fases internacionales: el período populista (que incluye la ola progresista que comenzó con Hugo Chávez en 1999) y el período neoliberal (que acaba de obtener un importante triunfo en Argentina con Javier Milei). Si bien ambos son distintos, se puede afirmar que tienen problemáticas parecidas que se pueden resumir en cómo nos insertamos y bajo qué condiciones al mercado mundial y al proceso de globalización, y cómo incluimos a más ciudadanos/ciudadanas construyendo un nuevo Estado que, en el caso progresista, es nacional popular.

En el populismo (y el progresismo) la palanca o instrumento principal de ciudadanización fue el Estado, pero también un proceso de democratización de la sociedad y de nacionalización de las clases populares mediante una narrativa que construyó una nueva historia, es decir, un nuevo patriotismo que cumplía la tarea de igualdad ciudadana. El neoliberalismo no se plantea estos problemas ya que, al optar por un cosmopolitismo sin patria, que es el mercado mundial y la globalización capitalista, termina por igualar al consumidor con el ciudadano/ciudadana, ya que ambos tienen el derecho de elegir. Sin embargo, la soberanía tanto de una nación como del ciudadano/ciudadana, en el neoliberalismo,

se sustenta en la defensa de la propiedad privada y en la libertad (de elegir). Para Milton y Rose Friedman: «la libertad económica es un requisito esencial de la libertad política. Al permitir que las personas cooperen entre sí sin coacción de un centro decisorio, la libertad económica reduce el área sobre la que se ejerce el poder político»¹⁸.

Por eso es posible afirmar que vivimos un momento de excepcionalidad al concluir (o estar concluyendo) un largo ciclo en el cual los avances logrados en este proceso de democratización, de inclusión, y nacionalización de las clases populares, hoy son cuestionados radicalmente por un neoliberalismo que se siente triunfante. Ello explica la creciente radicalización de la derecha, es decir, su conversión en una ultraderecha, como también el incremento de la polarización social y política en la región. Algo nuevo está por venir.

¹⁸ Friedman, Milton y Friedman, Rose. *Libertad de elegir. Hacia un nuevo liberalismo económico*. Madrid: Grijalbo, 1981, p. 1.